mo, que no tiene de sistema filosófico mas que las apariencias. Su punto de partida fué el *hegelianismo*, es decir, el panteismo, y nunca logró desprenderse de él. La pretension que le valió su nombre supone que la verdad no es distinta del mundo, y que á veces sufre y es víctima de la confusion que en él tiene lugar. La única diferencia que hay entre esta escuela y el *progresismo* consiste en que éste profesa la manifestacion *mediata* y *sucesiva* de la verdad, y el *eclecticismo* su manifestacion *inmediata* y *directa*. Esta última pretension se distingue de la primera por la mayor dósis de orgullo que supone.

Bastará una palabra para hacer conocer palpablemente cuán fabulosos son todos estos sistemas, cuya secretas tendencias consisten en prescindir de Dios.—Decís que la humanidad va desarrollándose y marchando de progreso en progreso, ó bien os arrogais la mision de librar á la verdad de todos los sistemas que ha habido en el mundo; pero ¿cómo medís ese progreso, segun qué *criterio* distinguís la verdad del error, si no reconoceis de antemano una verdad constante y manifiesta, y sobre todo independiente y distinta de esa humanidad cuyo progreso asegurais ó cuyas concepciones queréis purificar?—Progresar ¿no es marchar hácia un objeto? Elegir ¿no presupone una comparacion? ¿Cómo sabeis pues que progresais, si delante de vosotros ni mas alto que vosotros nada teneis mas que á vosotros mismos? ¿Cómo podeis comparar sin término de comparacion? Para *reconocer* es preciso *conocer;* ¿cómo pudisteis pues conocer la verdad pura, y por consiguiente reconocerla, supuesto que asegurais que en *ninguna parte* está *libre* de error? O conoceis la verdad, y entonces teneis ya lo que buscais, ó no la conoceis; en cuyo caso ¿cómo podeis reconocerla? Os seria indispensable un *reactivo* superior, y no lo teneis (1).

No pretendemos llevar mas adelante nuestra esplicacion, es decir, la refutacion de la filosofía del dia, cuyas sectas proceden todas de la teoría alemana sobre la Trinidad, esto es, de la unidad de sustancia ó del panteismo.

Unicamente nos habiamos propuesto hacer resaltar la divina superioridad del dogma católico de la Trinidad, su necesidad racional y su fecundidad moral, comparando con él las concepciones del genio humano declarado contra la fé.

---

(1) Habiamos dado ya esta hoja á la imprenta, cuando vino á nuestras manos el último número de la *Revista británica* (del mes de agosto de 1843), y en su primer artículo titulado: *Las filosofías francesas del siglo* XIX, hemos encontrado la misma objecion hecha al eclecticismo casi en los propios términos que lo hacemos nosotros. Solo hay un pequeño número de errores que se presten á semejante unanimidad de refutacion. "Falta pre-"guntar al eclecticismo, dice el crítico inglés, cuál es su criterio "para saber lo que es verdad y lo que es error, pues nosotros "encontramos una y otro en los escritos de todos los filósofos. "Para separar la zizaña del buen grano es menester conocer "primero el buen grano. El colono separa el uno del otro en vir-"tud de un conocimiento anterior, que es su *criterio*. El eclec-"ticismo gira dentro de este círculo vicioso; busca un sistema de "filosofía por el encadenamiento y coordinacion de todas las ver-"dades que los demás descubrieron; pero para lograrlo, para "conocer estas verdades, debe antes estar en posesion de la misma "cosa que busca, á saber: de un sistema. Sin un sistema cual-"quiera, no puede ni siquiera dar un paso."

Hemos dicho que no puede concebirse á Dios, ni su nocion conservarse sin el dogma de la Trinidad, porque la ecsistencia del sér infinito supone relaciones de pensamiento y de amor, estas relaciones ecsijen términos, y estos términos de relacion no pueden tampoco concebirse sino de una naturaleza igual á la suya, y por consiguiente *idéntica*, porque no hay nada igual á aquel cuya propiedad es sér sin igual. En una palabra, negar la *Trinidad* de las personas es negar la ecsistencia perfecta de Dios, que no puede concebirse sin actividad productiva de pensamiento y de amor; negar la *unidad* de naturaleza en esta Trinidad de personas es tambien negar á Dios, que no seria independiente, eterno é infinito, es decir Dios, si pudiese ecsistir alguna relacion necesaria entre él y otro que no fuera él.

El *hegelianismo* ha venido á prestar á nuestros argumentos el peso de su fatal esperiencia; pues rehusando á Dios los términos de relacion de una naturaleza idéntica á la suya, ha hecho degenerar su personalidad y su ecsistencia en la del mundo y de la humanidad, y ha ido á parar rápidamente al *ateismo*.

De aquí la oposicion de los resultados; pues mientras el cristianismo desarrolla al hombre en Dios, lo finito en lo infinito, y haciéndole participante de la verdad eterna y del divino amor, lo asocia á la grandeza, á la santidad y á la felicidad misma de Dios, aquella falsa filosofía coloca á Dios al nivel del hombre, es decir, lo suprime, hace al hombre huérfano, y no le deja mas recursos, mas esperanzas ni mas luces que las que de sí mismo puede tener, es decir, lo coloca en una naturaleza evidentemente imperfecta, limitada, inclinada al mal, al error y al sufrimiento, sin que pueda encontrar ningun descanso sino huyendo de sí mismo, lo cual seria la mas insultante, absurda y bárbara concepcion que podriamos formarnos del hombre y de Dios, ya que no fuese la confusion mas quimérica.

Así es como los mas profundos misterios del cristianismo nos revelan bajo todos conceptos las verdaderas leyes de nuestra naturaleza en sus relaciones con la de Dios, autor y término soberano de nuestros destinos; y como constituyen la mas elevada y completa manifestacion de aquella verdad divina que los sabios de la antigüedad entrevieron, y fuera de la cual no podemos buscar ninguna otra sabiduría ni ninguna otra luz, sin caer desde luego en tinieblas inmensas y en abismos de los cuales no podriamos salir jamás.

CAPÍTULO XII.

LA IGLESIA (1).

Habiase consumado la obra de la redencion del linaje humano; el mundo se hallaba reconciliado con

(1) Los tres capítulos que siguen, sobre la *Iglesia*, — el *protestantismo*, — y la doctrina de la *salvacion esclusiva*, han sido escritos con el designio de formar un conjunto. Por consiguiente destinados á completarse recíprocamente, deben leerse con el mismo espíritu y considerarse como tres faces de un solo asunto

su autor; la humanidad habia adquirido una nueva vida moral; habíase abierto una fuente de purificacion y de santidad que debia correr por el seno de la tierra, y entre la misericordia y la justicia de Dios se habia concluido ya la reparacion de todos los hombres.

¡Qué prodigio de poder y de amor habia sido preciso para llegar á este término! Todos los atributos de la Divinidad se habian desplegado en la grande obra, y la cruz de Jesucristo, que habia sido su teatro, habia visto correr la sangre de un Dios.

Pero esta gran maravilla era aún un secreto escondido en el seno de las tres personas divinas, toda la tierra ignoraba su salvacion, y sin embargo, esta salvacion no podia serle eficaz y real sino por su participacion en el misterio por el cual se habia obrado. El testamento que llamaba la humanidad á la herencia del cielo, permanecia cerrado; era preciso romper sus sellos, promulgarlo, esplicarlo, hacerlo aceptar por el mundo, y aplicarle luego todos sus frutos.

¡Obra sobrehumana, tanto como la de la redencion, y sin la cual la redencion hubiérase quedado sin efecto! La Divinidad no habia dado, por decirlo así, mas que un paso; faltaba otro que solo ella podia dar tambien; no habia menos distancia entre todos los desórdenes de la naturaleza humana y la doctrina de la cruz, que entre esta cruz y la naturaleza del Dios que en ella se habia sacrificado.

Aquella doctrina tan misteriosa, tan repugnante, tan absurda en apariencia y tan horrible para la naturaleza, es á la que es preciso conducir y amoldar el género humano, la que es necesario persuadir á un mundo que habia divinizado todas las pasiones que ella crucifica, la que es menester trasladar desde el lugar de los suplicios al palacio de los Césares, hacerla entrar igualmente en la cabeza del filósofo y en la del niño, en el corazon del dueño y en el del esclavo, en Corinto la disoluta, y en las soledades de los bárbaros, en el pueblo judío y en el gentil, y en una palabra, hacerla abrazar por todos los séres humanos sin distincion. ¿Cómo concebís la posibilidad de semejante empresa? Tomad la idea mas sencilla, la mas suave obligacion, y ved si podeis grabarla igualmente en el espíritu y corazon de un pequeño número de hombres; sin duda no lo lograréis. El espíritu del hombre es tan vano, tan móvil, tan aficionado á la singularidad, tan enemigo de la autoridad; su corazon está siempre tan ansioso de nuevas sensaciones y tan lleno de sí mismo, que no os será posible apoderaros de ellos. ¿Qué sucederá, pues, tratándose de un cuerpo de verdades y de deberes que se presentan como abstracciones y austeridades? ¿Qué sucederá cuando sea menester imprimirlas, no en la cabeza de algunos discípulos escojidos, sino de todos los hombres indistintamente, tales como son, sabios ó ignorantes, grandes ó pequeños, civilizados ó bárbaros? ¡Qué pábulo para la controversia, la supersticion y la persecucion! ¡Cuántas doctrinas saldrán de esta doctrina! ¡A cuántos evangelios va á dar orígen este Evangelio, segun los intereses y la conveniencia de cada preocupacion, de cada pasion! ¡Cuántos errores! ¡Cuántos desvaríos! ¡Cuántas sectas! ¿Dónde podremos descubrir la verdadera doctrina en medio de este mar inmenso de contradicciones? ¿Quién guardará su depósito, y cuál será la señal para distinguirla? ¿Qué carácter de autoridad y qué medio de persuasion se le darán para prevalecer siempre y poder reunir todos los espíritus, y darse á conocer por todas partes con evidencia y certidumbre en la fluctuacion universal de las ideas y en la furiosa mezcla de las pasiones?.... La imaginacion retrocede ante este caos, y no puede fijarse sino en la consideracion de que seguramente la doctrina cristiana, entregada de este modo á la accion disolvente del humano espíritu, hubiera muy pronto desaparecido; que probablemente no se hubieran encontrado dos hombres que sobre ella hubiesen estado de acuerdo, y que tal vez no hubiera habido ni uno que se hubiera atrevido á predicarla.—Y sin embargo, hasta ahora no hemos presentado mas que una parte de la dificultad; pues no era solo á los hombres que cubrian la tierra en tiempo de Jesucristo, á quienes el Evangelio debia ser anunciado, sino á todas las generaciones que debian sucederles hasta la consumacion de los siglos, cualquiera que fuese la diversidad de sus costumbres, de sus conocimientos, de sus constituciones, de sus civilizaciones y necesidades; debia anunciársenos á nosotros, hombres del siglo XIX, tan distintos, por nuestras artes, nuestras ciencias, nuestra industria y nuestras ideas sin freno, de las generaciones que nos precedieron; debia anunciarse, en fin, hasta á los que vendrán despues de nosotros, en la sucesion de millones de años, á los cuales les será tal vez concedido descubrir nuevas tierras y cielos nuevos, á los cuales esta doctrina será anunciada tambien atravesando todos los trastornos, las revoluciones, las novedades y las ruinas, manteniéndose siempre intacta, inflecsible, suficiente é inmutable, en medio del torrente que todo lo arrastra y lo hace desaparecer.

Podemos pues deducir de todo esto, y publicarlo con entera seguridad, que si habia sido necesario un Dios para criar el mundo y rescatarlo, era tambien necesario un Dios para convertirlo y santificarlo.

Las tres personas divinas, inseparablemente unidas en la misma esencia, obraron de concierto sin duda en toda la economía del mundo moral, de modo que es el mismo Dios, el solo y único Dios, el que nos crió, redimió y santificó; pero para revelarse mas sensiblemente á la naturaleza humana, plugo á las tres personas de la Divinidad producirse sucesivamente cada una en particular en tres obras, que son, como ellas, distintas en su modo, pero esencialmente UNA en su objeto. El Padre manifestó el poder en la creacion, el Hijo la misericordia en la redencion, y al Espíritu Santo le estaba reservado asegurar y consumar nuestra salvacion en la grande obra de *la Iglesia*, la Iglesia, que es la medianera entre nosotros y Jesucristo, así como Jesucristo es el mediador entre ella y Dios, y que determina así nuestra unidad y nuestra santi-

ficacion en Dios, conforme á aquellas bellas palabras que le dirijia el apóstol S. Pablo: *Todo es tuyo, tú eres de Jesucristo, y Jesucristo es de Dios.*

Es cierto que la Divinidad no se manifiesta con una evidencia irresistible en estas tres obras; por esto hay *ateos*, que no ven á Dios en la naturaleza; *deistas*, que no ven á Dios en Jesucristo, y en fin, *herejes*, que no ven á Dios en la Iglesia; pero está todo ordenado así para probar nuestra voluntad y nuestra fé, ejercitarla por medio del misterio, y obligarnos de este modo á dejar las cosas de la carne y del tiempo, para aspirar á las del espíritu y de la eternidad; pues cuando el alma se halla desprendida por sus méritos de esos densos vapores que le impiden la vista de Dios, poco á poco va descubriéndolo, y se encuentra al fin toda impregnada del sentimiento de su presencia hasta no poder comprender que haya espíritus tan ciegos que no alcancen á verlo por todas partes.

Por esta misma razon, notadlo bien, esta presencia de la Divinidad se halla desde el principio mas oculta, y ecsije una fé mas viva, á medida que es mas eminente el grado de perfeccion á que nos llama. De aquí se sigue que entrañando la fé en Dios, en Jesucristo y en la Iglesia, obligaciones sucesivamente mas estrechas, el objeto de esta fé se halla cada vez mas oculto, y que en las apariencias cuesta mas trabajo creer en la Iglesia que en Jesucristo, y en Jesucristo que en Dios. Pero debe notarse tambien que cuando llevamos esta creencia hasta su término, se convierte al fin en un foco de inteligencia superior á todas nuestras convicciones, que les da una fijeza de que carecian con respecto hasta á las verdades mas incontestables. Para creer bien, es preciso creerlo todo (1); y si en general hay mas incrédulos que deistas, y mas deistas que ateos, podemos observar tambien que la intensidad de la fé está en razon inversa de esta proporcion numérica de sus adherentes á sus diversos grados, y que á decir verdad, solo los católicos son los que creen firmemente.

En todo esto no hay nada que no esté muy lógica y sabiamente establecido: "La Religion es una "cosa tan grande, dice Pascal, que es muy justo "que los que no quieran tomarse la pena de buscar-"la, si es oscura, se vean privados de ella. Solo "tendriamos razon de quejarnos si fuera tal, que ni "buscándola se la encontrase; pero no sucede así; "pues Dios dotó á su Iglesia de señales sensibles, "para con ellas poderse dar á conocer á los que la "buscasen con sinceridad; pero las ha ocultado al "mismo tiempo de tal suerte, que solamente pue-"den ser descubiertas por los que la buscan con to-"do su corazon. *En la negligencia en que hacen* "*profesion de estar* respecto á la investigacion de la "verdad, ¿qué ventaja puede resultarles á los in-"crédulos de decir que nada se la demuestra, su-"puesto que la oscuridad en que ellos están, y que "echan en cara á la Iglesia, establece una de las "cosas que ella sostiene, sin afectar á la otra, y "confirma su doctrina lejos de arruinarla?"

(1) Se entiende, dentro de los límites de la verdadera fé.

Sí, Dios dió á su Iglesia señales sensibles para hacerse reconocer de los que la buscan. Los que la ecsaminan distraidos, ó con alguna prevencion, no ven en ella mas que una institucion humana fundada sobre el fanatismo, mantenida por la política, y no ejerciendo mas que un imperio imaginario sobre los espíritus, que no respetan en ella mas que su debilidad, esperando su estincion. Mas los que la consideran con vista serena é ilustrada por la verdadera ciencia, y se dejan guiar en su ecsámen por aquella elevada imparcialidad que todo lo domina, y por aquella desconfianza juiciosa de su fragilidad, que requiere una obra que cuenta ya diez y ocho siglos de ecsistencia, en cuyo intervalo ha resistido los golpes de Neron y de Diocleciano, y subsiste todavia levantando su sagrada cabeza sobre la ruina de tantos poderes distintos, que la combatieron un dia y que ahora yacen todos destruidos á sus plantas; estos, repetimos, descubren al través de la envoltura de los accidentes humanos un hecho sobrenatural en su esencia, y un designio tan bien concertado, tan bien sostenido en su concepcion, en su ejecucion, en toda su marcha hasta nuestros dias y en todos sus presagios para el porvenir, que es indispensable reconocer en ella una sabiduría y un poder enteramente divinos.

Ocurre aquí la necesidad de dividir nuestro estudio á causa de la grande estension del asunto. Para ser fieles á nuestro plan nos vemos obligados á diferir para la tercera parte, esto es, para las pruebas estrínsecas ó históricas, el estudio de la Iglesia considerada como *suceso*, y concretarnos por ahora al estudio de su constitucion intrínseca, y ecsaminarla en su orígen como *institucion*. Es preciso sujetarnos á un método riguroso y saber ordenar una materia tan vasta, si se ha de comprender bien. Esta es la única manera de verlo todo, de profundizarlo, y aun de ser original en fuerza de ser verdadero. El cristianismo no ecsije mas que una circunstancia: la de ser estudiado. Jamas fué mas combatido que en los tiempos en que ha sido mas ignorado. Solamente por declamaciones y epígramas, es decir, por cosas que nada prueban, se consiguió suscitarle ciertas prevenciones. Pero esto mismo deben considerarlo los espíritus severos como la mas fuerte y mas legítima de las prevenciones; prevencion que no tarda en convertirse en certeza cuando se quiere ecsaminarla bien de cerca, á fondo, y con esa paciencia de la verdad, que es la primera condicion de sus investigaciones, y despues el primer título de su posesion.

Entremos en materia:

¿Qué es la Iglesia?

La Iglesia es un cuerpo que enseña lo que es necesario creer, prescribe lo que se debe practicar, dispensa los socorros espirituales y las gracias para nuestra regeneracion moral en Jesucristo, y se rije por las leyes de su propia disciplina.

Su jurisdiccion se estiende por todo el mundo:—su duracion ha de llegar hasta el fin de los siglos.

Se compone: del Papa que es la suprema cabeza;—del colegio de cardenales, que son los príncipes

electores;—de los obispos, que son los gobernadores de las provincias eclesiásticas;—de los sacerdotes, que son los inmediatos dispensadores de la Religion á los fieles, y de los mismos fieles, que por su fé participan desde cualquiera de los puntos del espacio y del tiempo, de la unidad soberana que se reasume en el papado.

Es representada capitalmente por el Papa, en quien se halla el orígen de todo poder en materias de fé, y que como jefe supremo de esta Iglesia, íntimamente unido á ella, centro de todos sus prelados y doctores, y como órgano de las sentencias decretadas ó aprobadas en comun, es infalible.—Ordinariamente manda sin apelacion por medio de decisiones que se llaman *bulas*, cuya autoridad es confirmada por la aceptacion que de ellas hace todo el cuerpo del episcopado.—Puede tambien en casos dados, y cuya oportunidad dictan generalmente los sucesos, reunir todos los obispos en consejo, reuniones que se llaman concilios *ecuménicos (universales)*, y tomar con ellos y á su cabeza, segun el testimonio de las tradiciones conservadas en cada sede particular, las decisiones que hagan necesarias las novedades de la herejía y las insinuaciones del error en materia de dogma, de moral ó de culto.—Desde el principio del cristianismo no ha habido mas que veintiun concilios de esta clase, de los cuales fué el último el *concilio de Trento*. En los primeros siglos eran mas frecuentes, porque la fé era mas dogmáticamente atacada; pero en el dia, que las herejías han agotado toda especie de ataques contra ella, y le han proporcionado ocasiones de esplicarse sobre todos los puntos, esta manera estraordinaria de decidir se ha hecho menos necesaria.

La institucion de la Iglesia se remonta sin interrupcion de papa en papa, desde el que actualmente ocupa el trono pontificio, hasta S. Pedro y los once apóstoles, de quienes era jefe.—Este primado de S. Pedro y de sus sucesores hasta nuestros dias es el hecho histórico mejor probado, y mas universalmente reconocido de cuantos se conocen (1).—Hay dos señales notabilísimas, y siempre mas claras á medida que nos vamos remontando hácia el orígen del cristianismo, las cuales dan mucha luz á este importante punto: la primera consiste en las herejías que, mas frecuentes en esa época, hacian resaltar con su novedad la antigüedad y preeminencia del fundamento que atacaban, y servian como de antorchas destinadas á iluminar para la posteridad la sucesion de la *grande Iglesia*, segun la llamaban los mismos paganos (2): la segunda señal es la unanimidad del testimonio de los Padres de la Iglesia, esos grandes genios de los primeros siglos cristianos, que, en oposicion á las herejías que combatian, formaban una especie de cortejo alrededor de la silla apostólica, y proclamaban á competencia su soberanía como adhiriéndose sin interrupcion á Pedro, el primer anillo de la cadena de los pontífices. Sobre este cimiento y con estos accesorios se nos presenta siempre la dinastía de los obispos de Roma, multiplicando las pruebas de su primado en razon del alejamiento de su orígen, y desarmando con anticipacion cualquiera controversia, que la mas remota posteridad hubiera podido suscitar sobre este punto (1). Sin embargo, Pedro y los once apóstoles no eran mas que hombres; de modo que, ateniéndose solo á esto, la institucion de la Iglesia en sí misma seria un hecho puramente humano. Pero he aquí el orígen divino, principio sobrenatural que no solo consagró y garantizó la autoridad de Pedro, sino tambien la de todos sus sucesores, y que esplica el prodigio de la conversion del mundo al Evangelio, y de la perpetuidad de la Iglesia, instrumento y custodio de esta conversion.

(1) Católicos y protestantes están de acuerdo sobre este punto; bien pronto lo pondremos fuera de toda controversia.

(2) Espresion de Celso.—*Orígenes contra Celso*, lib. 4, núm. 59 y 60.

Vamos á asistir ahora al espectáculo mas digno de fijar la atencion del espíritu humano, el de la creacion de la Iglesia, de la construccion y del acto de botar al agua *aquel gran navío que no teme nunca las tempestades*, como la llamaba Sócrates en sus deseos; de aquel navío destinado á llevar la verdad por entre los movedizos escollos del error, á hacerle atravesar los siglos, y llegar al puerto de la eternidad tan vírgen é intacta como de ella habia salido.

Solo queremos que los que no ven en la Iglesia mas que una formacion de la casualidad, un feliz suceso de la política de los sacerdotes, y un acontecimiento hijo de las circunstancias, y glorificado fuera de tiempo en su orígen, observen con imparcialidad y atencion lo que vamos á esponer, y que digan en seguida si es posible imaginar nada de mas previsto, mas sabiamente concebido y mas perfectamente dispuesto desde su principio, es decir, desde el pensamiento de Jesucristo, para producir todos sus efectos mas remotos, á despecho de todos los obstáculos humanos, por los medios mas contrarios al écsito de las empresas de este mundo, y en virtud de una fuerza que se complace en hacer brillar su divinidad en nuestra miseria, y á producirse escluyéndonos.

Leemos en el Génesis, que queriendo Dios criar al hombre tomó un poco de barro de la tierra, formó con él un cuerpo, é inspiró en su rostro un soplo de vida comunicándole por este medio su imájen y semejanza.

En la creacion de la Iglesia por Jesucristo sucedió algo parecido, pues se observan en ella, como en la creacion del hombre, tres cosas notables:

1.º La materia escojida.
2.º La forma dada.
3.º La inspiracion y la vida.

I. "Caminando Jesucristo por las orillas del pe-"queño mar de Galilea, dice el Evangelio, vió unos "pescadores, y les dijo:—Venid conmigo, y os ha-"ré pescadores de hombres."

(1) En el capítulo siguiente satisfaremos completamente á los que todavía pudiesen dudar de esta verdad.

Hé aquí la materia; hé aquí los primeros rudimentos de la institucion de la Iglesia, de esa institucion que debia llevar por toda la tierra la antorcha de la verdad, confundir la sabiduría de los filósofos, abatir las haces romanas ante la cruz, sentarse sobre el capitolio y reinar sin límites y sin fin sobre todo el mundo.—Los que han de llevar á cabo esta empresa gigantesca no son grandes, ricos, hábiles ni fuertes; son hombres desconocidos, ignorantes, pobres, groseros; son unos infelices pescadores cuya fortuna consiste en sus redes, y cuya ciencia está limitada al arte de hacer uso de ellas; son *el barro de la tierra*, en una palabra, son hombres que segun la sublime metáfora del Salvador, deben cojer al mundo en sus redes.

La debilidad, que era el distintivo de estos hombres, es ademas de tal manera el objeto deliberado de la eleccion que Jesucristo hace de sus personas, que al darles sus instrucciones para la conquista del mundo, les recomienda, como una condicion característica del écsito de su mision, que permanezcan *débiles*, humanamente hablando, y que renuncien á todo socorro, á todo artificio y á toda defensa terrestre.—"Jesus envió sus doce apóstoles des-"pues de haberles dado las instrucciones siguien-"tes: No os atareeis por no tener oro, ni plata, ni "otra moneda en vuestro bolsillo.—No dispongais "ni un saco para el camino, ni dos vestidos, ni cal-"zado, ni báculo.—Si alguno no os quiere recibir, "ni oir vuestras palabras, abandonad la casa ó la "ciudad, y al pasar la puerta sacudid el polvo de "vuestros piés, á fin de que sea esto un testimonio "contra ellos. Yo os envio como corderos en me-"dio de lobos.... Los hombres os harán compare-"cer en sus asambleas, os mandarán azotar en sus "sinagogas, y seréis presentados, por mi causa, á "los gobernadores y á los reyes para servirles de "testimonio á ellos y á las naciones.... Cuando va-"yais á ser entregados en sus manos, no penseis en "lo que habeis de decirles, ni cómo debeis hablar-"les.... Todos los hombres os aborrecerán á cau-"sa de mi nombre.... El discípulo no es superior "al maestro, ni el esclavo á su señor; si llamaron "al padre de familias Beelzebú, mucho peor trata-"rán á sus servidores."

Las instrucciones dadas á los apóstoles eran pues dignas de la eleccion que se habia hecho de sus personas, y entraba de tal manera en aquel designio el ser escojidos débiles, pobres, é ignorantes, que se les manda permanecer para sí mismos débiles, pobres, é ignorantes; y, como consecuencia de esta eleccion y de esta conducta, se les anuncia que serán perseguidos, azotados é inmolados como aquel cuya doctrina han de predicar.

Ademas, lo que de este modo estaba predicho á los apóstoles, no tardó en verificarse; ya San Pablo, escribiendo á los corintios, les decia: "Dios nos "trata á nosotros los apóstoles, como á los últimos "de los hombres, como sentenciados á muerte, ha-"ciéndonos servir de espectáculo al mundo.—So-"mos *necios* y *flacos* por el amor de Jesucristo;—"hasta esta hora padecemos hambre y sed, y anda-"mos desnudos, y somos abofeteados, y no tenemos "morada segura, trabajamos obrando por nuestras "propias manos; mas nos maldicen y bendecimos, "nos persiguen y lo sufrimos, somos blasfemados y "rogamos; hemos llegado á ser como las basuras de "este mundo, como la escoria de todos hasta ahora."

¿No os compadeceis de la suerte de estas pobres gentes? ¿No echais de menos para ellos la tranquila oscuridad de la condicion de pescadores, de la cual han sido arrancados para convertirlos de una manera tan rara en pescadores de hombres? ¿Y qué sucederá cuando los veréis apedreados, decapitados, crucificados, entregados á las fieras, y que Neron, segun cuenta impasiblemente Tácito, los convertirá en antorchas para alumbrar sus festines nocturnos?

Sin embargo, veamos lo que debe contraponerse á este primer juicio, y despertar en el espíritu un sentimiento enteramente opuesto. Aquella carta de S. Pablo, en que describe la miserable suerte de los apóstoles, está escrita no á un cristiano, sino á todo un pueblo de cristianos; y ¿qué pueblo? el *corintio;* es decir, el mas disoluto y mas separado de la doctrina de la cruz entre todos los pueblos conocidos. Pero no es esto todo: el mismo Pablo, apóstol, *escoria del mundo*, escribe al mismo tiempo cartas á los *gálatas*, á los *éfesos*, á los *filipenses*, á los *colócenses*, á los *tesalonicenses*, á los *hebreos*, á los *romanos*, y está en correspondencia con la familia de *Narciso*, favorito del emperador, segun es de ver en las numerosas salutaciones con que termina sus cartas: *Todas las iglesias de Jesucristo os saludan...* Todavía vivian los apóstoles y el mismo Pablo decia ya á los romanos, "que su fé era anunciada *por* "*todo el mundo* (1)." Decia á los colocenses que "el Evangelio habia sido predicado á toda criatura "que habia debajo del cielo, y que daba fruto y "crecia en todo el universo (2)."—Seguramente, la pesca es ya abundante, y á vista de tan buen écsito comprendemos el celo de los divinos pescadores; pero todo esto no es aun mas que el preludio: dejad que hayan crecido las persecuciones, y que todo el poder de los Césares se haya conjurado contra esta empresa: entonces será cuando las fronteras del imperio romano, fruto de ochocientos años de conquistas y de política, serán demasiado estrechas para la Iglesia de Jesucristo. Se pasarán apenas cien años, y el filósofo Justino contará en el número de los fieles las mismas naciones salvajes, y hasta aquellos pueblos errantes por la soledad: las Galias, la España, la Germania están ya en comunicacion con el Egipto y todo el Oriente hasta el fondo de las Indias: y "así como no habia mas que "un sol en todo el universo, dice S. Ireneo, contem-"poráneo de este prodigio, veíase en toda la Igle-"sia, desde una á otra estremidad del mundo, la "misma luz de la verdad."

Este es el hecho—Inútil seria atacarlo: está ahí. —Es preciso buscar su ley en sus relaciones con la pobreza de los elementos empleados por la mano de Jesucristo en la construccion de su Iglesia.

---

(1) *Ad Rom.* 1, v. 8.
(2) *Colos.* 1, v. 3, 6, 23.

El resultado inevitable á que llegará todo talento reflecsivo es el siguiente:—O la accion de la Iglesia en la conversion del mundo no es recibido mas que como un hecho humano, y en este caso no hay prodigio ni misterio, sino una contradiccion palpable, un trastorno completo de todas las leyes de la razon; en una palabra, un absurdo manifiesto en el écsito comparado con los medios;—ó consentimos en ver en estos medios una virtud divina, y desde este momento su eleccion, su empleo y su écsito revelan y manifiestan el sello de la mas profunda sabiduría, de la mas perfecta y mas rica economía.

Por fin, todo lo que llevamos dicho pone en evidencia que, en la composicion de su Iglesia, desechó Jesucristo todo lo que el hombre de la mas comun prudencia hubiera buscado, y que hizo entrar en ella todo lo que el mismo hombre hubiera desechado. Juzguemos de su conducta por la de los hombres. Emprender la tarea de convertir á todo el género humano á una ley única y la mas severa de todas las leyes, ¿no era ya una locura?—Escojer á este efecto los agentes mas débiles, mas frágiles, mas evidentemente impropios para dominar, persuadir, seducir, desvanecer, corromper y hacer, en una palabra, todo lo que es humanamente indispensable para la mas insignificante de todas las empresas, ¿no era el colmo de la locura?—Y no solo escojerlos de esta manera, sino mandarles que permaneciesen tales; predecirles los mas horrorosos males y obligarlos á seguirle; llegar estos males, y mirar con impasibilidad y esperarse, como para cerciorarse de que se mantienen firmes, adictos y triunfantes, y en fin, llegar al mas prodigioso resultado que se haya visto nunca debajo del sol, á acreditar punto por punto aquel cálculo, el mas contrario á las mas sencillas reglas del sentido comun: hé aquí todos los absurdos que el incrédulo debe admitir, si se empeña en negar la accion divina.

Y no hay que recurrir aquí al cálculo de los accidentes físicos y morales que hubiesen podido contribuir á favorecer esta empresa. Ya veremos que nada puede esplicarla, humanamente hablando; pero por otra parte, concretándonos al punto preciso de nuestro estudio actual, no tratamos ahora de juzgar de esta empresa en sus *resultados*, sino en su *concepcion*. ¿Era natural, era humanamente racional obrar como el Cristo obró?—¿Es concebible que, si no hubiese tenido á su disposicion mas que fuerzas y recursos humanos, las hubiese todas despreciado en la mas gigantesca de todas las empresas?—¿Es lógico *prever*, *pronosticar* el resultado en razon directa de la inferioridad, de la debilitacion, si nos es permitido decirlo, de los mismos medios? No, repetimos; y la prueba está en que no hay en la tierra un solo hombre que, teniendo que emprender el negocio mas insignificante, no obre de una manera diametralmente opuesta, si no quiere pasar plaza de insensato.—Y sin embargo, ¡el écsito mas riguroso y mas inaudito habria coronado esa obra tan descabellada!.... ¡Esto es demasiado!—Es menos violento para la razon creer en la accion divina.

En efecto, la fé (en esto como en todo) se presenta á salvar á la razon humana de todos estos escollos, y á ofrecerle en su lugar el mas justo objeto de admiracion y alegría.—Desde que admitimos en Jesucristo el carácter de la Divinidad, no solo desaparecen todas las contradicciones que se notan en la eleccion de los elementos constitutivos de la Iglesia, sino que se descubre el plan mas juicioso y profundo en sabiduría. En efecto:

1.° Dios para nada necesita de los hombres, de nada necesita para obrar los mas grandes prodigios y burlarse de todos los obstáculos; pero, queriendo servirse de los hombres para hacer la felicidad del linaje humano, queriendo probar nuestra fe para que tuviéramos el mérito de practicarla, no podia velarse de una manera mas trasparente que introduciéndose en una institucion enteramente compuesta de los elementos humanos mas débiles, mas impotentes, mas humanos que puede haber, y obrando por ellos el mas colosal de todos los prodigios.

2.° Ademas, era una consecuencia enteramente natural de la misma sabiduría que así habia obrado revelarse á sí propia bajo la forma de un esclavo crucificado. Por este medio hacia resplandecer á la vez su poder y su santidad, y presentaba en accion las virtudes de la humildad y de la fé por las cuales habia venido á reinar en el mundo. Hubiera sido absurdo, que hubiese confiado á los filosófos y á los conquistadores la propagacion de una doctrina que pulveriza á los filósofos y á los conquistadores. Se anonadó y aniquiló realmente en la sabiduría y fuerza humanas, mientras se revelaba y manifestaba al mundo al través de la ignorancia y sencillez de sus agentes. La debilidad de estos lo ocultaba y descubria al mismo tiempo, y esto era precisamente necesario para probar la fé de los hombres. Lo que habia en ellos *de humano* era un motivo de escándalo para los impíos, y lo que ellos mismos obraban *de divino* un argumento en apoyo de la fé de los creyentes; porque, como dice S. Juan Crisóstomo: "Fué una grande prue-"ba de la majestad de Jesucristo, que en su ausen-"cia, pero por él, se hicieran cosas que no se ha-"bian hecho aun estando él presente."

3.° Por este medio debió tambien encontrar en sus agentes mas docilidad, conviccion y celo. Un Marco Aurelio ó un Séneca hubieran estado tentados de confundir las inspiraciones de Dios con su propia razon, y cegar su manantial apropiándoselas; mas un Pedro, un Santiago, un Juan, ¿cómo habian de hacer esto? Los apóstoles, en efecto, hombres del vulgo, y sin embargo revestidos de una fuerza sobrenatural, indoctos, pero llenos de una luz toda divina, á cada momento perseguidos, atormentados, escarnecidos, y no obstante jamas desalentados, jamas vencidos, jamas confundidos, obrando mas maravillas á medida que todo les faltaba, convirtiendo mas mundo á proporcion que el mundo mas los infamaba; los apóstoles, decimos, llevaban en sí mismos un milagro perpétuo que debia infundirles la mas invencible conviccion y la fé mas ardiente. Por esto mismo eran, á los ojos de